

PRECIOS

PENÍNSULA É ISLAS ADYACENTES

Un trimestre.....	0,75 de peseta.
Un semestre.....	1,50 pesetas.
Un año.....	3 pesetas.
Un siglo.....	60 duros.

No se admiten suscripciones por más tiempo

En Puerto Rico, Cuba y Filipinas 6 pesetas año.
En el extranjero 6 francos.

El que lo encuentre barato puede pagar más.
El que lo encuentre caro tenga en cuenta que el pago ha de ser adelantado



Para suscribirse, pedir paquetes y pagarlos, dirijanse las cartas y avisos al *Administrador*, ó los pasos á la *Administración de EL BOBO DE CORIA*, calle de San Bartolomé, núm. 6, cuarto principal, izquierda.

Para cualquiera otra cosa dirigirse á cualquiera otra parte.

La mano de 25 ejemplares, 0,75.

No se devuelven originales de Redacción.

5 CENTIMOS EJEMPLAR

EL BOBO DE CORIA

LA POLÍTICA CON COLA

Allá por los años del 30 al 40 todavía había en el mundo, y en Madrid eran famosos, muchachos zumbones y maleantes que aun para hacer tonterías y extravagancias y desesperar al prójimo tenían y derrochaban ingenio y travesura.

De uno cuentan que, cansado de estudiar y aburrido de estarse en casa, pidió un día á la patrona aquella máquina usual y casera que, aplicada por una punta á una vasija con agua y tirando del mango del otro extremo se llena, y apretando el mango contra el émbolo despide el líquido por el mismo cañuto por donde entró. Cargó el mozo su Mauser, calóse el sombrero hasta las cejas, embozóse en la capa hasta los ojos, y se echó á la calle muy diligente, como quien tiene que hacer. Y cuando topaba con alguno que le parecía á propósito para embromado se iba á él, le hartaba de cortesías, le pedía mil perdonos por su atrevimiento, y descubriéndole á medias lo que llevaba en la mano, y con expresión y acento del más vivo interés, le preguntaba al oído con mucho secreto:

—¿Quiere usted que le jeringue?

—¡Insolente!—solía exclamar el interpelado, dudando entre la risa y el bofetón.

Y el muchacho acudía á aplacarle diciéndole con candorosa ingenuidad:

—¡Hombre, es proponer!

En nuestro días parece que se ha encargado de repetir la gracia y hacer interminable la broma el Sr. Pidal y Mon.

Sino que ha cambiado de jeringa.

Para él todo en este mundo son rotos y descosidos que se componen zurciendo voluntades y uniendo á las gentes; y desde que se echó á la vida airada de la política mestiza, anda por calles y plazas con un puchero de cola y una brocha (detrás va su hermano con la cazuela del engrudo), preguntando á todo bicho viviente:

—¿Usted quiere que le pegue?

Empezó su carrera de encolador remendón tratando de echar tacones y medias suelas á la situación actual con las *honradas masas*; y, llamándolas á campana herida, les enseñó la cola y les hizo su invariable pregunta:

—¿Quiéren ustedes que las pegue á las instituciones?

Las *honradas masas* le pegaron una pita que le dejó pegado á la pared; pero él, impertérrito, volvió á calentar su pucherete y la cazuela de su hermano, y se puso á pegar las mal avenidas junturas de *La Unión Católica*.

Allí revolvió á Roma con Santiago y armó un cisco de todos los demonios, semejante al que acaba de disparar Cos-Gayón con su chichonera; y cuando hubo sacado de quicio y empelotado á todos los católicos, que salieron pegando gritos y pegándose unos á otros, y no con cola, cada cual por su registro, y aquella olla de grillos tronó como arpa vieja, Pidal dijo: —¡Ahí queda eso!—Y él se pegó como una lapa, con su hermano y todas las demás lapas de su amistad, á los faldones de la levita de D. Antonio.

Mas como el revólver de Angotillo le despegó de la presidencia y otros condumio: que D. Antonio le tenía asegurados de por vida, sin contar el cacicato de Asturias, que es otro condumio, ya está el hombre puchero en mano; y Luis con su cazuela detrás, dispuestos á lañar cuantos calderos sean menester, y á encolar todos los trastos viejos que se presenten, y á seguir flotando, caciueando y cambiando con la *Unión Conservadora*, nueva edición, corregida y aumentada, de la malograda *Unión Católica*.

Y, la verdad, señores: yo ando mal de alimentos y peor de ropas, y me siento muy inclinado al puchero y la cazuela de Pidal, y á dejarme encolar, y á colarme en el comedor de la *Unión Conservadora*, diciendo:—aquí me meto que hace hambre.

Porque Romero dirá lo que quiera; pero Pidal buenos sueldos tiene, y bien colocada á la familia; y cuando tantos ayunan, él y los suyos se dan buena maña á comer bien; y oros son triunfos, y tripas llevan pies, y dame pan y llámame mestizo, y ande yo caliente y salga el sol por Antequera, y si no por los cerros de Ubeda. En la práctica conservadora, reducida á pegarse al que más dé, y asimilarse lo que mejor se pegue al riñón, y pasarlo y conservarse lo mejor posible, no hallo dificultad que me espante ni reparo grave que oponer. La teoría solamente me asusta un poquitín.

Porque al proclamar el Sr. Pidal el pucherete de la cola y la cazuela del engrudo como primer principio, último fin y principal fundamento del partido conservador y de la salvación de España, decía en su brindis ó discurso de sobremesa:

«No puedo menos de gritar que viva una unión que, como todas, ha de ser fecunda; porque la fecundidad y la unión son palabras sinónimas, lo mismo en el orden material que en el orden moral.»

Y ya sé yo que después de comer y con la copa en la mano no está la cabeza tan despejada como en ayunas; pero también sé que á los conservadores siempre se los coge comiendo y bebiendo.

Y no voy á encontrar oportunidad para que me digan en qué es fecunda la unión de los perros y los gatos, como no sea en arañazos y mordiscos; ó la unión de los lobos y los corderos, como no sea en buenas digestiones para los lobos; ó de las moscas, los mosquitos y las chinchees con los humanos carrillos, como no sea en ganas de rascarse.

Y si, en el orden material, se une un ascua encendida á un barril de pólvora y me sientan á mi encima, reniego yo de la unión, y de su fecundidad, y de Silvela y Pidal, que así quieren abusar de mi inocencia.

Y si la cocinera se equivoca y en vez de sal común me echa sal de la higuera ó polvos de jalapa en el puchero, á la *Unión Conservadora* le doy todas las fecundidades de todas las uniones predicadas por Pidal.

Y en el orden moral, ó mejor dicho inmoral, unión es el matrimonio civil, más unión que la *Unión Conservadora*; unión es el amor libre; hasta el divorcio es unión, como en Francia se está experimentando, que permite á cada ciudadano y á cada ciudadana unirse cada lunes y cada martes con quien mejor le parezca, y celebrar

trescientas sesenta y cinco uniones al año, y día llegará, al paso que lleva el furor unitivo que les ha entrado á las gentes, en que las uniones más conservadoras y elegantes van á estar á la altura de las funciones por horas de los teatrillos á peseta.

Y yo todavía tengo mi cacho de vergüenza para casarme por lo civil y poner como primer principio de mi moral política cualquier unión, no por decente y honrada, sino por fecunda, en que lo mismo puede entrar la *Unión Conservadora* que la partida del capitán Rolando ó el serrallo del Gran Turco.

Ya veo que dice el Sr. Pidal que «la religión nos dice que donde quiera que se unen dos para rezar allí estará el Padre eterno entre ellos.» Pero bien dice el refrán, que hasta de Dios dijeron: porque esos son testimonios que el Sr. Pidal le levanta al Padre Eterno.

Lo que dijo Cristo nuestro Señor fué lo contrario: «No todo el que me dice Señor, Señor, entrará en el reino de los cielos, sino el que hace la voluntad de mi Padre.»

Sin duda el Sr. Pidal tomó por revelación divina la palabra de Lutero, que fué el que dijo que no eran menester buenas obras, sino bastaba con creer y encomendarse á Dios.

Verdad es que dijo el Señor: «donde están dos ó tres congregados en mi nombre, allí estoy en medio de ellos;» pero no dijo que bastase con rezar, ni menos prometió estar con los que no se congregan en su nombre, ni para rezar, sino para comer á la salud de Pidal ó de Silvela.

Evidentemente, la *Unión Conservadora* sabe poco de Sagradas Escrituras, y la política de Pidal es opuesta *per diametrum* á la política de Cristo.

Porque el Sr. Pidal quiere unirlos todo y unirlos á todos.

Y nuestro Señor Jesucristo no vino á meter paz sino espada y división, y á separar el hombre contra su padre, y la madre contra su hija, porque el principio de la unidad cristiana es amar á Dios y apartarse de sus enemigos, aunque sean los de casa.

En la última cena dijo á sus discípulos: «Un mandamiento os doy: que os améis unos á otros. Mas porque yo sois del mundo, antes yo os escogí del mundo, por eso el mundo os aborrece.»

Y aún dijo más; porque alzando sus ojos al Padre dijo: «Yo ruego por ellos; no ruego por el mundo, sino por éstos que me diste, porque tuyos son.»

Y también dijo á sus discípulos: «he aquí que yo os envío como corderos entre lobos.»

A veces, eso es verdad; viene el espíritu de la confusión, con la cola de Pidal ó con la cola del diablo, á barrajar á los discípulos de Jesús con los del mundo, para que Pateta se los lleve á todos juntos y de una redada.

Y entonces todos claman paz, paz, y no hay paz; unión, unión, y todo se vuelve guerras y discordias; y no se restablece el sosiego hasta que un rayo de luz baja del cielo á iluminar el nublado, y renace la división, y las palomas vuelan en paz hacia oriente, y huyen hacia occidente las arañas.

PRECIOS

PENÍNSULA É ISLAS ADYACENTES

Un trimestre.....	0,75 de peseta.
Un semestre.....	1,50 pesetas.
Un año.....	3 pesetas.
Un siglo.....	60 duros.

No se admiten suscripciones por más tiempo

En Puerto Rico, Cuba y Filipinas 6 pesetas año.
En el extranjero 6 francos.

El que lo encuentre barato puede pagar más.
El que lo encuentre caro tenga en cuenta que el pago ha de ser adelantado



Para suscribirse, pedir paquetes y pagarlos, diríjense las cartas y avisos al *Administrador*, ó los pasos á la *Administración de EL BOBO DE CORIA*, calle de San Bartolomé, núm. 6, cuarto principal, izquierda.

Para cualquiera otra cosa dirigirse á cualquiera otra parte.

La mano de 25 ejemplares, 0,75.

No se devuelven originales de Redacción.

5 CENTIMOS EJEMPLAR

EL BOBO DE CORIA

LA POLÍTICA CON COLA



Allá por los años del 30 al 40 todavía había en el mundo, y en Madrid eran famosos, muchachos zumbones y maleantes que áun para hacer tonterías y extravagancias y desesparar al prójimo tenían y derrochaban ingenio y travesura.

De uno cuentan que, cansado de estudiar y aburrido de estar en casa, pidió un día á la patrona aquella máquina usual y casera que, aplicada por una punta á una vasija con agua y tirando del mango del otro extremo se llena, y apretando el mango contra el émbolo despidió el líquido por el mismo cañuto por donde entró. Cargó el mozo su Mauser, calóse el sombrero hasta las cejas, embozóse en la capa hasta los ojos, y se echó á la calle muy diligente, como quien tiene que hacer. Y cuando topaba con alguno que le parecía á propósito para embromado se iba á él, le hartaba de cortesías, le pedía mil perdones por su atrevimiento, y descubriéndole á medias lo que llevaba en la mano, y con expresión y acento del más vivo interés, le preguntaba al oído con mucho secreto:

—¿Quiere usted que le jeringue?

—¡Insolente!—solía exclamar el interpelado, dudando entre la risa y el bofetón.

Y el muchacho acudía á aplacarle diciéndole con candorosa ingenuidad:

—¡Hombre, es proponer!

En nuestros días parece que se ha encargado de repetir la gracia y hacer interminable la broma el Sr. Pidal y Mon.

Sino que ha cambiado de jeringa.

Para él todo en este mundo son rotos y descosidos que se componen zurciendo voluntades y uniendo á las gentes; y desde que se echó á la vida airada de la política mestiza, anda por calles y plazas con un puchero de cola y una brocha (detrás va su hermano con la cazuela del engrudo), preguntando á todo bicho viviente:

—¿Usted quiere que le pegue?

Empezó su carrera de encolador remendón tratando de echar tacones y medias sueltas á la situación actual con las honradas masas; y, llamándolas á campana herida, les enseñó la cola y les hizo su invariable pregunta:

—¿Quiéren ustedes que las pegue á las instituciones?

Las honradas masas le pegaron una pita que le dejó pegado á la pared; pero él, impertérrito, volvió á calentar su pucherete y la cazuela de su hermano, y se puso á pegar las mal avenidas junturas de *La Unión Católica*.

Allí revolvió á Roma con Santiago y armó un cisco de todos los demonios, semejante al que acaba de disparar Cos-Gayón con su chichonera; y cuando hubo sacado de quicio y empelotado á todos los católicos, que salieron pegando gritos y pegándose unos á otros, y no con cola, cada cual por su registro, y aquella olla de grillos tronó como arpa vieja, Pidal dijo: —¡Ahí queda eso!—Y él se pegó como una lapa, con su hermano y todas las demás lapas de su amistad, á los faldones de la levita de D. Antonio.

Mas como el revólver de Angiolillo le despegó de la presidencia y otros condumios que D. Antonio le tenía asegurados de por vida, sin contar el cacicato de Asturias, que es otro condumio, ya está el hombre puchero en mano, y Luis con su cazuela detrás, dispuestos á lañar cuantos calderos sean menester, y á encolar todos los trastos viejos que se presenten, y á seguir flotando, caciqueando y comiendo con la *Unión Conservadora*, nueva edición, corregida y aumentada, de la malograda *Unión Católica*.

Y, la verdad, señores: yo ando mal de alimentos y peor de ropas, y me siento muy inclinado al puchero y la cazuela de Pidal, y á dejarme encolar, y á colarme en el comedor de la *Unión Conservadora*, diciendo:—aquí me meto que hace hambre.

Porque Romero dirá lo que quiera; pero Pidal buenos sueldos tiene, y bien colocada á la familia; y cuando tantos ayunan, él y los suyos se dan buena maña á comer bien; y oros son triunfos, y tripas llevan pies, y dame pan y llámame mestizo, y ande yo caliente y salga el sol por Antequera, y si no por los cerros de Ubeda.

En la práctica conservadora, reducida á pegarse al que más dé, y asimilarse lo que mejor se pegue al riñón, y pasarlo y conservarse lo mejor posible, no hallo dificultad que me espante ni reparo grave que oponer.

La teoría solamente me asusta un poquitín.

Porque al proclamar el Sr. Pidal el puchero de la cola y la cazuela del engrudo como primer principio, último fin y principal fundamento del partido conservador y de la salvación de España, decía en su brindis ó discurso de sobremesa:

«No puedo menos de gritar que viva una unión que, como todas, ha de ser fecunda; porque la fecundidad y la unión son palabras sinónimas, lo mismo en el orden material que en el orden moral.»

Y ya sé yo que después de comer y con la copa en la mano no está la cabeza tan despejada como en ayunas; pero también sé que á los conservadores siempre se los coge comiendo y bebiendo.

Y no voy á encontrar oportunidad para que me digan en qué es fecunda la unión de los perros y los gatos, como no sea en arañazos y mordiscos; ó la unión de los lobos y los corderos, como no sea en buenas digestiones para los lobos; ó de las moscas, los mosquitos y las chinches con los humanos carrillos, como no sea en ganas de rascarse.

Y si, en el orden material, se une un ascua encendida á un barril de pólvora y me sientan á mi encima, reniego yo de la unión, y de su fecundidad, y de Silvela y Pidal, que así quieren abusar de mi inocencia.

Y si la cocinera se equivoca y en vez de sal común me echa sal de la higuera ó polvos de jalapa en el puchero, á la *Unión Conservadora* le doy todas las fecundidades de todas las uniones predicadas por Pidal.

Y en el orden moral, ó mejor dicho inmoral, unión es el matrimonio civil, más unión que la *Unión Conservadora*; unión es el amor libre; hasta el divorcio es unión, como en Francia se está experimentando, que permite á cada ciudadano y á cada ciudadana unirse cada lunes y cada martes con quien mejor le parezca, y celebrar

trescientas sesenta y cinco uniones al año, y día llegará, al paso que lleva el furor unitivo que les ha entrado á las gentes, en que las uniones más conservadoras y elegantes van á estar á la altura de las funciones por horas de los teatrillos á peseta.

Y yo todavía tengo mi cacho de vergüenza para casarme por lo civil y poner como primer principio de mi moral política cualquier unión, no por decente y honrada, sino por fecunda, en que lo mismo puede entrar la *Unión Conservadora* que la partida del capitán Rolando ó el serrallo del Gran Turco.

Ya veo que dice el Sr. Pidal que «la religión nos dice que donde quiera que se unen dos para rezar allí estará el Padre eterno entre ellos.» Pero bien dice el refrán, que hasta de Dios dijeron: porque esos son testimonios que el Sr. Pidal le levanta al Padre Eterno.

Lo que dijo Cristo nuestro Señor fué lo contrario: «No todo el que me dice Señor, Señor, entrará en el reino de los cielos, sino el que hace la voluntad de mi Padre.»

Sin duda el Sr. Pidal tomó por revelación divina la palabra de Lutero, que fué el que dijo que no eran menester buenas obras, sino bastaba con creer y encomendarse á Dios.

Verdad es que dijo el Señor: «donde están dos ó tres congregados en mi nombre, allí estoy en medio de ellos;» pero no dijo que bastase con rezar, ni menos prometió estar con los que no se congregan en su nombre, ni para rezar, sino para comer á la salud de Pidal ó de Silvela.

Evidentemente, la *Unión Conservadora* sabe poco de Sagradas Escrituras, y la política de Pidal es opuesta por *diametrum* á la política de Cristo.

Porque el Sr. Pidal quiere unirlos todo y unirlos á todos.

Y nuestro Señor Jesucristo no vino á meter paz sino espada y división, y á separar el hombre contra su padre, y la madre contra su hija, porque el principio de la unidad cristiana es amar á Dios y apartarse de sus enemigos, aunque sean los de casa.

En la última cena dijo á sus discípulos: «Un mandamiento os doy: que os améis unos á otros. Mas porque no sois del mundo, antes yo os escogí del mundo, por eso el mundo os aborrece.»

Y aún dijo más; porque alzando sus ojos al Padre dijo: «Yo ruego por ellos; no ruego por el mundo, sino por éstos que me diste, porque tuyos son.»

Y también dijo á sus discípulos: «he aquí que yo os envío como corderos entre lobos.»

A veces, eso es verdad, viene el espíritu de la confusión, con la cola de Pidal ó con la cola del diablo, á bajar á los discípulos de Jesús con los del mundo, para que Pateta se los lleve á todos juntos y de una redada.

Y entonces todos claman paz, paz, y no hay paz; unión, unión, y todo se vuelve guerras y discordias; y no se restablece el sosiego hasta que un rayo de luz baja del cielo á iluminar el nublado, y renace la división, y las palomas vuelan en paz hacia oriente, y huyen hacia occidente las arpas.

Catecismo de la Unión Conservadora



P.—Decid, niño, ¿cómo os llamáis?
R.—Alejandro, Francisco, Raimundo, Fer-
nandito Cos-Gayón etc.
P.—¿Sois de la Unión Conservadora?
R.—Sí, por obra de Cos-Gayón y la gra-
cia de Angiolillo.
P.—¿Qué disparates estáis diciendo?
R.—No son disparates, son sentencias de
Pidal, que enseña que la Unión Conservadora la hizo Dios,
la preparó Angiolillo á tiros de revólver y la disparó Cos-
Gayón de un cañonazo en el Retiro.

P.—¿Cómo dice Pidal que la Unión Conservadora es
obra de Dios?

R.—Con estas palabras: «esta unión no la llevamos el
»Sr. Silvela y yo, ni el Sr. Cos-Gayón, ni el Sr. Concha
»Castañeda, ni el Sr. Villaverde, ni vosotros, ni nadie,
»que es una unión, señores, que la lleva Dios. (Grandes
»aplausos.)»

P.—¿Estáis seguro de que no es errata? Porque no es
Dios sino el diablo quien se lleva lo que es suyo.

R.—Nadie lo duda; pero yo repito las palabras de Pi-
dal, que insiste diciendo: «Sí, Dios. Él se ríe, allá desde
»las alturas infinitas, desde donde rige y gobierna el
»mundo con los atributos de su omnipotencia divina, Él
»se ríe y se burla de todos los obstáculos que intentan
»oponer á su obra los hombres.»

P.—¿Y creéis que Dios es el único que se está riyen-
do desde las alturas?

R.—No señor; ya me figuro que hasta Castellano
desde sus bajuras, y cuantos lo hayan oído ó leído se
reirán; no es para menos.

P.—¿Y quién era ese de que se ha reído y burlado
Dios, por que oponía obstáculos á la Unión Conservadora?

R.—D. Antonio, que no podía oír hablar de Silvela ni
de los silvelistas; y de seguro atiza un cosque á Cos-
Gayón y le pela las barbas á Pidal, si le van con la em-
bajada de unirse á Silvela.

P.—¡Ajá! ¿Y por eso Dios, que se ríe y se burla de
todos los obstáculos que intentan oponer los hombres á
la Unión Conservadora, quitó de enmedio á D. Antonio
para que la obra se lograra?

R.—Sí, señor, y así lo confirma Pidal á renglón se-
guido: «Así, por causas pequeñas, Él produce cosas gran-
des; así á veces hasta por errores, y hasta por crímenes,
»prepara grandes síntesis, que forman las grandes glo-
»rias de la historia. (Aplausos.)»

P.—¿De modo que para vosotros la muerte de Cánovas
fue cosa pequeña?

R.—Sí, señor.

P.—¿Y el banquete del Retiro una gran síntesis y una
gloria?

R.—Sí, señor.

P.—¿Tan bien os supo?

R.—Sí, señor.

P.—¿Y estáis muy contentos y aplaudís la idea de
que «hasta por crímenes» como el de Santa Agueda se
preparen síntesis, glorias y comilonas como la del Re-
tiro?

R.—Sí, señor.

P.—¡Ah, qué buenos y qué finos conservadores!

R.—Sí, señor.

P.—A buen seguro que si allá donde está tuviera hu-
mor D. Antonio para pensar en estas cosas, le habia de
parecer hartó menos odioso y despreciable su asesino
que vosotros.

R.—Sí, señor.

P.—¿Y qué parte tuvo Cos-Gayón en la obra prepara-
da por Angiolillo?

R.—Pues hizo de fosforero y de *enfant terrible*. Vea
usted cómo lo cuenta Pidal: «Todos, absolutamente to-
»dos sentíamos la necesidad de la unión; pero ¡ah, seño-
»res! (¡ah!), «puede estar un cañón cargado de pólvora
»y de metralla hasta la boca» (¡oh!) «y permanecer frío
»é impasible» (uhl!), «si no hay quien aplique la mecha al
»reguero de pólvora: entonces, sí, un niño basta para
»arrimar un fósforo al oído del cañón; y la explosión
»tremenda que conmueve á la tierra y ensordece los
»aires, y que *derrueca* sobre sus cimientos alcázares y
»baluartes, esa no es la obra del niño, es la obra de la
»pólvora, de la metralla y del cañón. (Aplausos.) Pues
»bien; yo he de declararos, con modestia, siguiendo el
»simil, que ni ese niño soy yo. Aunque parezca paradoja,
»el niño ha sido D. Fernando Cos-Gayón. (Grandes risas
»y aplausos.)»

P.—Sí que parece paradoja que nadie sea más niño
que Alejandro.

R.—Ya dijo él que lo decía por modestia.

P.—¿De manera que el diablo las carga y Cos-Gayón
las descarga?

R.—Mire V., para cargar todos servimos, porque to-
dos somos muy cargantes. Y si no pregunte V. á Espa-
ña que no puede con la carga.

P.—¿Y la Unión Conservadora viene á ser como una
bomba de dinamita?

R.—No lo crea V.; fué más el ruido que las nueces.

P.—¿Pues la tremenda explosión, el terremoto, el hu-
racan, los baluartes y alcázares *derruécados*?...

R.—Todo se redujo á tres muertos. La Unión Conser-
vadora que se convirtió en humo, como la pólvora en
salvas; Cos-Gayón, que quedó en berlina y hecho un
mamón debajo de la chichonera que le puso Pidal qui-
tándosele él de su cabeza; y la gramática *derruécada*
por mano de un académico.

P.—¿No hubo más atrocidades?

R.—Sí, señor; porque Pidal dijo también todas estas:
«Si España encontró su unidad, si se unieron Aragón y
»Castilla, si con la unión de Aragón y Castilla se logró
»la unidad nacional y se completó el planeta, tal vez fué
»debido al crimen oscuro de un rey, que hizo muriese
»víctima del veneno un príncipe infeliz; tal vez se debió
»á que antes atravesó por la historia un meteoro funes-
»to, un rey vergüenza de su siglo y de su patria.
»(Aplausos.)»

P.—¿Que fué dar por cosa averiguada que D. Juan II
envenenó á su hijo D. Carlos?

R.—Sí, señor; y no saber que si el príncipe de Viana
se hubiese casado con Doña Isabel como estuvo concer-
tado, y hubiese heredado la corona de Aragón por su
padre y la de Navarra por su madre, las hubiese unido
á la de Castilla por su mujer, y la unidad nacional se
habría logrado lo mismo, y sin necesidad de la guerra de
D. Fernando el Católico con los Labrit.

P.—Y fué suponer que si D. Enrique IV no hubiera
sido tan funesto, quizá los Reyes Católicos no lo habrían
hecho tan bien como lo hicieron, ni Colón hubiese des-
cubierto el Nuevo Mundo:

R.—Que es disparatar *per se* con lógica de la Unión
Conservadora.

P.—¿Y no dijo *per accidens* algo puesto en razón?

R.—Sí, señor; algo dijo que basta á compensar todos
esos desatinos. Porque reconoció francamente que Espa-
ña está «en medio de la mayores catástrofes, sumida
en las mayores tristezas.»

P.—Hombre, eso lo ve un ciego.

R.—Sí, señor; pero él citó el ejemplo de los Reyes Ca-
tólicos para consolarnos haciéndonos ver «que una na-
»ción, en medio de las mayores catástrofes, sumida en
»las mayores tristezas, puede levantarse erguida y reco-
»brar su prosperidad sólo con que la dirijan y gobiernen
»hombres que quieran el bien, personas que estén deci-
»didas á practicarle.»

P.—Es así que él y sus antiguos mestizos y sus nue-
vos silvelistas, con Cánovas á la cabeza y Sagasta de
turno, han oficiado, como D. Enrique IV, de meteoros
funestos, nos han traído las mayores catástrofes y nos
han sumido en las mayores tristezas que ellos mismos
reconocen y confiesan...

R.—Luego no son «hombres que quieran el bien, per-
sonas que estén decididas á practicarle»; pues si tales
hubieran sido, con eso habria bastado y no nos veríamos
como nos vemos, según el mismo Pidal.

LOS CATÓLICOS ESPAÑOLES



—¡Jí, jí, jí, jí!

—¿Te ríes, Bobo!

—¡Jí, jí, jí, jí!

¿Pues no oye usted eso? ¡Los católicos
españoles!

¡Jí, jí, jí, jí!

Pero, dígame usted en confianza: ¿que-
dan todavía católicos en España?

Digo, no es eso lo que quiero preguntar:

¿Queda en España un español para un remedio?

Sí; las iglesias se llenan de gente; al menos á las úl-
timas Misas los días de fiesta no falta; ni cuando hay
buena música, la decoración es bonita, y va mucho mu-
jerío.

Y los que no entran dentro es porque se quedan fuera
para ver á las muchachas guapas á la salida.

¡Y poco majas que van las muchachas, con unos cuer-
pecillos que da gozo verlos, y unos plumeros en la ca-
beza que no dejan ver y hay que resignarse á cerrar los

ojos ó no mirar más que sus preciosos cuerpecillos!

Que vaya, que vaya Saint-Saens á tocar las piezas
más escogidas de *Sanson y Dalila* en el órgano de San
Francisco, y ya verá usted, ya verá si la gente quiere ir,
y se enfadan los que no son invitados.

¿Quién dice que no hay católicos en España?

Por las calles y las plazas blasfeman los blasfemos, en
academias y ateneos reniegan los renegados, en las Uni-
versidades se enseñan mil herejías, al *Pae* Cabrera le
hace una catedral protestante el arquitecto de la Real
Casa, cientos de periódicos llevan sin cesar á los últimos
rincones la apostasia, la impiedad triunfa en toda la lí-
nea y hace mangas y capirotos de nuestras creencias y
de nuestras costumbres y de nuestras leyes cristianas, y
á los católicos les importa de eso un pito, y dejan hacer,
como unos hugonotes.

Pero, lo mismo que con los enemigos de Cristo los cris-
tianos, hacen todos los españoles con los enemigos de
España. Los Estados Unidos cercan de acorazados, cru-
ceros y torpederos la isla de Cuba, y tienen ya barqui-
tos en el Mediterráneo, y barquitos en el Atlántico como
si también fuesen á bloquearnos en la península...

Y Sagasta se rasca la barba y se ríe de los *pesimistas*;
los ministros se van á comer á la Nunciatura con Wood-
ford; y los demás nos vamos á bailar y á cenar al Tea-
tro Real, ó donde quiera que se cene y se baile.

Y á mí que no me digan; porque buenos edificios est-
án haciendo los frailes, y buenas iglesias se construyen,
y buenos círculos católicos tienen los obreros.

Y maldito lo que se conoce, y entre tanto España va
perdiendo la fe, y los católicos que quedan son católicos
de mojanganga de quien los herejes se ríen á mandíbula
batiente, porque no les estorban para nada y les dejan
hacer la suya ó los ayudan como si tales católicos no hu-
biese ó no fuesen católicos sino lacayos de los herejes;
pero siempre tendremos obreros que vayan á votar á los
candidatos liberales conservadores cuando llegue la
ocasión, y buenas iglesias y edificios para que los radi-
cales hagan cuadras y pajares cuando les toque la vez
y ya no sea menester entretener á los católicos para que
ni siquiera ladren.

Lo que me tiene un si es no es perplejo y desconcer-
tado, es que no sé á punto fijo dónde están los católicos.

Si oye usted á los íntegros, para entrar en el cielo hay
que ir con Nocedal; y parece que es verdad, porque con
él van muchos curas.

Pero me rectifico y digo que no debe ser verdad; por-
que una vez que Nocedal habló en Valencia, fué el
Obispo y formó causa á todos los curas que habían ido á
oírle.

Y según lo que cuentan de Salamanca, parece que
también allí el Obispo aprieta á los curas integristas
como si fueran herejes.

Con que ya ve usted.

Cuando Navarro Reverter fué á Valencia, siendo mi-
nistro, creí haber dado en el ítem; porque en una comi-
da que le dieron estuvo el deán de la Catedral, y echó
un brindis al ministro. Y como Azcárraga era presiden-
te de Navarro y presidente de los obreros católicos, por
poco me escurro y me voy á pedir un destinillo ó unos
cuartos á D. Marcelo.

Pero en esto el condenado de Navarro Reverter se
merendó la hacienda de la Virgen, y el Obispo de Ma-
llorca lo excomulgó, y D. Marcelo se quedó con su mi-
nistro excomulgado.

¡Me divierto si hago caso del brindis del deán de Va-
lencia!

Afortunadamente ahí están los carlistas, que dicen
que ellos son los buenos, ellos solitos, ni más ni menos.

Pero anda, que por ir á comer con ellos el Padre Bo-
cos y otro cura el día de San Carlos, los acaba de conde-
nar á no sé qué penas el provisor.

Eso sí, parece ser que la causa se les formó de Real
Orden, porque Groizard lo mandó muy enfadado, y con
sus dejos de amenaza y todo.

Y aun me parece á mí que en el ministerio de Gracia
y Justicia he encontrado yo por el suelo copia de esa
Real orden, que es curiosa.

Y aun creo yo que la publicaré si alguien la negare.
De modo que tampoco los católicos hemos de ser car-
listas.

¿Dónde me meto?

Pues en ninguna parte.

Es decir, sí; en la iglesia á rezar, si las muchachas, y
las jamonas, me dejan y no me distraen con sus plu-
majas.

Y luego me suscribo al *Diario Español*, que si tiene
entre sus suscritores á grandísimo herejotes, también
tiene á altas y respetables dignidades.

O á *El Liberal*, ó á *El Imparcial*; que por esas calles que fueron de Dios y esos tranvías que son de los ingleses, andan muchos curas leyéndolos para nuestra edificación y buen ejemplo; y también suelen publicar, como el *Diario Español*, artículos de Prelados.

Luego me presento candidato independiente, pido la bendición al Obispo, y, en paz con Dios, me hago diputado de la mayoría, me dan un buen destino, una placita además de consejero del judío Rostchild ó del judío Pereira para hacer lo que ellos manden, colocó á toda la familia, y ¡que me entren moscas!

INFORMACIÓN POLÍTICA



Gracias á la colaboración de *Lepe* y *Lepijo* y á la actividad de *Vargas*, que sienten crecer á Castellano, puedo ofrecer hoy al público una información política que para sí la quisieran los periódicos de gran circulación.

Véase la clase:

El presidente de Merino.

¿De merino y con este tiempo?

Nada de eso. D. Práxedes va muy abrigado y si no se ha hecho un batín de piel de contribuyente es por modestia, no por falta de paño. *Lepe* le llama presidente de Merino, con M grande, porque el presidente del consejo de ministros todo se lo confía á su yerno, á juzgar por lo que responden á cuantos le dirigen alguna pregunta relacionada con la *cosa pública*.

—¿Qué hay de elecciones, D. Práxedes?—le dice cualquiera de los *reporters* ó *métome en todo* de los periódicos de grande, *doble peña* ó mínima circulación.

—Eso á Merino, responde D. Práxedes rascándose la papadilla.

—¿Hay noticias de Cuba?

—No hay más sino que se sale; pero no lo sé de cierto, y lo mejor será que se lo pregunten á Merino.

—¿Y de Hacienda?

—Que nos pongan donde la haya; pero Merino les podrá dar razón de eso y de todo mejor que yo.

Y no hay quien le saque á D. Práxedes más palabra del cuerpo

A todo contesta con Merino; en términos que cualquiera le tomaría por uno de esos horteras que se pasan el día á las puertas de las tiendas pregonando la mercancía.

No hay más sino que el merino que esos horteras pregonan vale á peseta la vara, y el Merino de Sagasta cuesta á 12.500 pesetas el metro y los centímetros que con arreglo á su talla le correspondan.

Capdepon.

La sorpresa de nuestro colaborador *Lepijo* al entrar en el despacho de ese ministro ha sido grande. Sobre su mesa de despacho, en las paredes, encima de las sillas y hasta en el suelo ha visto escrita la siguiente operación aritmética:

1.500	400
3000	375
2000	
000	

Y á D. Trinitario con la vista descajada y la faz rubicunda gritando como un condenado:

—¡No me sale! ¡No me sale!

—¿El que no le sale á Vd. D. Trinitario?—le preguntó *Lepijo* con solicitud.

—La cuenta, hombre, la cuenta.

—¡Pues si no puede estar mejor!—replicó nuestro colaborador después de haberla comprobado.

—Eso le parecerá Vd.; pero la cuenta que debiera salirme es esta: 1.500 entre 400 á 1.

—Pero D. Trinitario, eso es, dispénsese V. E. que se lo diga, eso es un solemne disparate.

—No señor, el disparate es el otro. El obligarme á *encasillar* 1.500 candidatos en 400 distritos, cuando solo cabe uno en cada uno de ellos.

Y D. Trinitario siguió gritando mientras *Lepijo* corría á la redacción con los resultados de sus investigaciones:

—¡No me sale! ¡no me sale!

Puigcerver.

Aquí viene *Vargas* con noticias frescas del ministerio de Hacienda.

—¿Qué hay de nuevo?—le pregunto, apenas atraviesa el dintel de la puerta.

—Que á Puigcerver le falta un Banco.

—¡Un banco! será un pie para que con los dos suyos sean tres para el Banco de España.

—No señor, un Banco. Porque el de España ha entrado en las oficinas de esta redacción como empleado en la clase de *Andana*, que así dice llamarse desde que el ministro de Hacienda le pide otros 40 millones para entregárselos á Govín á cuenta de los sesenta y cinco que ha

girado contra el Tesoro de la Península, porque dice que él quiere la autonomía con tal de que la paguemos nosotros. Y si no manigua, digo, morena.

—Y el Banco de España ¿qué dice?

—Que prefiere servirle á Vd. llamándose *Andana*.

—Pero á falta del de España, ahí está el Banco Hipotecario.

—Ese no presta mas que sobre fincas en buen uso; y aunque Puigcerver ha querido hipotecarle todos los edificios del Estado, no admite la garantía porque dice que todos ellos están llenos de goteras.

—¿De modo que Puigcerver?...

—Está á punto de darse á Pateta; pero éste le dice que ya se lo llevará con todos los demás ministros cuando les llegue la hora.

—Una idea se me ocurre, *Vargas* amigo. Idea que tal vez nos valga una subvención, que por menos la reciben algunos periódicos que yo conozco. Corre y dile á Puigcerver que á falta de esos Bancos recurra al de la paciencia. Ese quizás le saque del apuro.

—Ya se lo dije. ¿Y sabe usted lo que me contestó? ¡Primero la muerte!—me dijo—¡primero la muerte! En ese banco está sentado el pueblo español, y si le obligo á que se levante, ¡pobres de nosotros!

—Y tiene razón. Vamos, pues, á otra cosa.

Los demás ministros

Las noticias relativas á la actitud y propósitos de los demás consejeros responsables, pueden resumirse en breves líneas.

Correa anda buscando una hebilla para meter en cintura á Weyler.

Bermejo anda preguntando á los técnicos de su ministerio si saben el paradero de un buque de guerra llamado *Cristóbal Colón*, que debió entregar hace cerca de un año la casa de Ansaldo, y que todavía no ha parecido en disposición de navegar.

Entretanto mira á sus babuchas, y piensa si sería conveniente botarlas al agua para completar la escuadrilla de *destroyers* formada por el *Audaz*, el *Pluton* y la *Proserpina*.

Hay quien dice que para probar sus condiciones marineras las ha metido en una jofaina, pero *Vargas* no ha podido aún comprobar la exactitud de la noticia.

Groizard continúa envuelto en la mayor reserva y en su gabán de pieles. Si alguien le pregunta sobre cosas de su ministerio se contenta con responder: *A Roma por todo*.

El conde de Xiquena se dedica al estudio del *Diccionario taurómico* de Sánchez Neira, para ver si puede dar un quiebro en la cabeza del doctor Motiner. Pero hasta ahora solo ha aprendido el significado de la frase *tomar el olivo*, que le ha servido para disponer que sólo los empleados de corto sueldo asistan á las oficinas del nuevo ministerio de Fomento, para ver la resistencia que ofrecen á las pulmonías. Si la prueba es satisfactoria, se instalarán los jefes en los despachos del edificio nuevo.

Entre tanto despacharán en sus casas después de haber caldeado los expedientes en un *choubeski*.

Gullón se dedica á la tarea de condimentar notas acarameladas, sin pensar en que no se hizo la miel para la boca del *yankee*; y Moret anda un tanto desasosegado desde que Govín trata de enmendarle la autonomía.

Para el próximo número contamos con un servicio especial que nos permitirá tener notas taquigráficas de los Consejos de ministros dos horas antes de celebrarse.

Y que rabie *El Imparcial* y los demás *rotativos* de gran circulación.

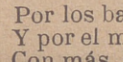
Un alma en pena

REVISTA LITERARIA

Entre las muchas y variadas maneras que hay de irse á los infiernos, no se puede negar que la más cómoda es la de los que van en coche.



Ello es verdad que por suaves que sean los muelles y por mullidos que estén los cojines y el almohadillado nadie se librará, yo se lo fió, de darse muchos y buenos encuentros y testeradas en los quicios de las ventanillas y con los compañeros de viaje.



Por los baches que hay en la carretera. Y por el mal dormir y peor velar de los vecinos.

Con más algún vuelquecillo que otro en que se rompe uno las narices y unos cuantos huesecillos, amen de hacerse varias descalabraduras; que no hay quien no llegue hecho una lástima al término del viaje.

Hasta el tumbo y volquetazo final, que no marra, donde sin remedio todo bicho viviente se rompe la crisma, si la tiene, y se hace polvo.

Entonces, también es verdad, lo mismo da haber hecho el viaje en coche ó á pié, que en las humanas fortunas eso es perder que ganar, pues en llegando á juntar las suertes, todas son unas.

Pero mientras dura, vida y dulzura; y aunque sea para ir al infierno, no cabe duda, mejor y más cómodamente, y aún más de prisa que á pié se va en coche.

Que es la cuenta que se deben echar nuestros paternos gobiernos, sus mayorías y las minorías que les ayudan en

la deliciosa y regalada tarea de regirnos y rajarnos, y hacernos tajaditas:

—Pues tenemos que pagar todas las que hemos hecho, ó no hay Dios en los cielos, apresurémonos ahora á cobrar todo lo que se presente.

Pero hay entre ellos uno, mi amigo Núñez de Arce (de la Academia Española y de la Tertulia de Sagasta, que ya viene á ser lo mismo), que es de los que van en coche y con cesantía, porque ha sido ministro; sino que al infeliz se le agua el gozo y se le convierte en acibar y rejalgas, por haber dado en la más extraña y aperreadora manía que dió loco en el mundo.

Y es que él quiere irse á los infiernos, y por la calle de enmedio y el camino más corto, renegando de Cristo, blasfemando de la Virgen, maldiciendo de toda la corte celestial; pero va hacia los infiernos pasando en el camino las penas del purgatorio.

Porque su compañero de Academia, y amigo mío Marcelino, verbigracia, para sus escarceos literarios ha tomado por musa á Hebe; pero á Hebe antes de que Ganímedes la soplase el empleo de escanciar á los dioses el néctar divino; y con la inspiración de musa tan regocijada, vive alegre, satisfecho, gordo y colorado como un tudesco.

Otro compañero suyo, Juan Valera, por ejemplo también, se encomienda á Venus Citera en todas sus novelas, que invariablemente se reducen á deleitarse y relacionarse con el triunfo más clásico, eso sí, pero más grosero posible de la carne sobre el espíritu; y todos sus párrafos y todas sus letras están chorreando por todas partes lujuria, que también debe ser divertida según lo alegrillos que pone á los viejos verdes.

Pidal y Mon, asimismo *exempli viá*, tiene por única musa á la hipótesis y por muso al mal menor; los cuales, *per accidens*, no dejan de proporcionarle algun disgustillo que otro con los demás hambrones que quieren meter su cuchara en la misma cazuela; mas *per se* le dan muchos y buenos sueldos para él, el hermano, los niños y demás parientes, amigos y testamentarios.

Sólo algun bobillo, ya sin sustancia, como el desdichado pueblo español, á más no poder y porque no le dan á elegir, tiene el pobre que apañar con la décima musa, como llamaba al hambre Ventura de la Vega, y pasarse la vida abriendo la boca hasta desgarrársela, y rascándose la barriga, huera como un típano, hasta llenársela de arañazos y arabescos con las uñas.

Pero el bueno de Núñez de Arce, por su propia y libérrima voluntad, dejó la fe que le enseñó su madre, y se agarró á brazo partido y anda perpetuamente á la greña con la más mala hembra, con la más desarrapada perularia, la más desesperada, cruel y rabiosa de cuantas musas y musarañas se conocen, que es la duda.

Porque él creía: ¿no había de creer, si tuvo madre española? Creía, y era feliz; y no había para él dolor ni pena, aunque le desgarrasen el alma, que no hallase consuelo cuando su madre le esperaba.

muy cerca del lugar, junto á la ermita de la Virgen bendita.

y le estrechaba entre sus brazos y le decía señalando al cielo:

—Dios calmará tu duelo.

¡Es la vida tan corta!... Ora y espera.

Pero ¡que si quieres!

En vez de hacer caso de su madre, orar y esperar, se metió y sigue en los malos andares y peores compañías de Sagasta y los sagastinos; con que ¡figúrense ustedes!

Y ahora es, y buena envidia le dan dos entendimientos bienaventurados que ven siempre diáfano y sereno el cielo de su creencia, y no se sienten atormentados por interinas y borrascosas contradicciones, como dice en el prólogo de *La visión de Fray Martín*.

Ahora es, y todavía alguna vez

«alza los brazos y la vista al cielo»,

según dice en *La selva oscura*, y busca

«en su memoria de cristiano

«la fe de su piadosa adolescencia»,

y exclama con ansia y angustia:

«¡Oh cielo, que alumbraste mi inocencia,

de candorosas ilusiones lleno

en tu infinita y pura transparencia!

¡Oh cielo azul, espléndido y sereno,

patria inmortal del ánimo que aspira

á dilatarse en tu profundo seno!

Ahora es, y todavía desde el abismo de la duda en que se agita y revuelve con horribles convulsiones, dice más adelante:

—¡Luz, dadme luz!—clamé con infinito

afán, con el afán del moribundo

á quien mira su culpa de hito en hito!

Y se comprende su infinito afán; porque él mismo describe lo que sintió cuando fué hundiéndose en *La selva oscura* y mortal de la duda:

«¡Cuántas veces el áspero ramaje,

hiriéndome al pasar con golpe rudo,

me arrancó sordo grito de corajel.»

«Tenaz angustia se enroscó á mi cuello,

y conturbó mi juicio de tal modo,

que de pavor se me erizó el cabello.

Desvanecido ya, ciego del todo

y acometido por las sombras, iba

tropezando do quier como un beodo...»

Cayendo luego en la inverosímil pensatez de hacer á Dante cómplice y partícipe de su horrible duda, describe así esta espantosa enfermedad del alma:

«Aquí se desespera, aquí se gime...»

«Aquí no tienen en su eterno espanto

ni olor las flores, ni rumor las fuentes,

ni las medrosas avecillas canto.

«Ya verás, cuando avances, cómo sientes

bajo el tremendo golpe de la pena,

crugir tus huesos y chocar tus dientes.

«Aquí el aire es infecto y envenena,

hiel el agua que bebes; aquí el hombre

llega á dudar de Dios y se condena.»

Y, en efecto, después de llamar «bienaventurados y felices» á los que mueren con la luz de la fe, él mismo da este testimonio de lo que hace padecer la duda:

«Triste de aquel que á conservar no acierta

viva esa luz, y arrastra desolado

al través de la vida el alma muerta!

«Que es como el asesino condenado

á marchar siempre, en lobreguez envuelto,

con su inocente víctima cargado.»

Y más adelante:

«El mundo estaba para mí desierto,
sin luz el sol, naturaleza muda,
y yo no acongojado, sino muerto.
Porque no vive el alma que desnuda
de todo bien, frenética se lanza
en los negros abismos de la duda.»

Habría que copiar todos sus poemas para ver todas las torturas, todas las ansias y dolores que la duda le hace pasar, feroz é implacable; porque con ser, como es, tan gran poeta, si no á la española como el duque de Rivas ó Calderón, al menos como Goethe ó Byron, llega á hacerle cansado y monótono en más de una ocasión la nota constante, desesperada y llorona de su rabiosa duda.

A veces se forja la ilusión de que ya la conciencia le deja en paz, y ha encontrado nueva fe en que descansar, y ya ha acabado de arrancar á Cristo de su alma, y sólo le quedan recursos y preocupaciones de la niñez que fácilmente se espantan, y dice en su *Elegía á Herculano*:

«Herido á un tiempo por el brillo escaso
de un moribundo sol, que lentamente
va cayendo en las sombras del Ocaso,
y por la tibia aurora que en Oriente
empieza á despuntar, también vacilo,
y apenas sé donde posar mi frente.

¡Ay! ¿Quién puede, con ánimo tranquilo
dar la triste y postrera despedida
al dulce hogar que le sirvió de asilo?
¡Mas basta ya de indecisión! La vida
se engrandeció al calor de otras ideas
que nos muestran la tierra prometida,
y en ciudades, y en campos, y en aldeas
resuena el eco universal que canta
á la naciente luz:—¡Bendita seas!

Tu fulgor, que los orbes abrillanta,
sólo á la negra noche, engendradora
de monstruos y de crímenes espanta.»

¿Creen ustedes que ya encontró el hombre la luz? ¡Qué disparate! En la misma composición, hoja por medio, explica lo que es el calor de las nuevas ideas y la luz naciente que bendicen en coro universal las ciudades y las aldeas, y son como sigue:

«Con cuánta angustia de la edad presente
la vergonzosa indecisión contemplo!
Incrédula, dudosa, indiferente
lidia sin fe, sin convicción se agita,
y no acierta á explicarse lo que siente.»

¡Toma fe, toma coro universal, y toma bendiciones!
¿Y saben ustedes por qué no hay tales bendiciones, ¡tal
coro ni tal fe, aunque hoja por medio diga otra cosa?
Pues lean ustedes estas estrofas de *Tristeza en Gri-
tos del combate*:

«Hijo del siglo, en vano me resisto
á su impiedad, ¡oh Cristo!

Su grandeza satánica me oprime.
Siglo de maravillas y de asombros,
levanta sobre escombros
un Dios sin esperanza, un Dios que gime,
¡y ese Dios no eres tú! No tu serena
faz, de consuelo llena,
atumbra y guía nuestro incierto paso.
Es otro Dios incógnito y sombrío;
su cielo es el vacío,
sacerdote el Error, ley el Acaso.

De suerte que no es verdad que Núñez de Arce vea asomar ninguna nueva aurora, ni tibia ni caliente ni fría, sino el Acaso y al Error patentes y manifiestos. De modo que no es verdad que las ciudades, ni los campos, ni las aldeas bendigan, ni en coro universal ni particular, ni en terceto, ni á duo, ni en romanza ó cavatina á ninguna luz naciente que no sale por ninguna parte; sino que los que dejan de mirar á Cristo se quedan á oscuras, y se condenan á vergonzosa indecisión que los agita y vuelve locos. De manera que lo que á Núñez de Arce le sucede es que quiere arrancar á Cristo de su alma y no lo consigue, y la fe, que es luz y alegría para el que la recibe agradecido y humilde, se convierte en torcedor horroroso y tormento de condenado para el que la rechaza soberbio.

Pero si padece esa horrible enfermedad de la duda, y no sabe á qué atenerse, y vive desesperado sin ver la luz ni hallar reposo, ¿por qué en vez de encerrarse en su cuarto á recomponerse él solo, por qué en vez de arrojarle á los pies de un crucifijo á pedirle misericordia, por qué se empeña en llevar á todas partes en pomposos versos el espectáculo de sus miserias?

Es como el enfermo del estómago á quien le huele mal la boca, y va echando el aliento á todos los que se encuentra. Es como el que tiene peste ó cualquier mal infeccioso, y en vez de ponerse en cura se echa á la calle á ver si contagia á la gente.

Y ahora otra vez ha vuelto á echarse á la calle en las columnas de *El Liberal*, con el aliento de siempre, con la infección de costumbre, y las invariables dudas y la desesperación invariable.

Sino que ahora, al final, y después de pasar las de Cain como otras veces con sus perpetuas ansias y sus angustias, se da una palmada en la frente, dice que ya ha resuelto el problema y...

En otro número seguiremos, porque para uno solo me parece que ya tenemos bastante Núñez de Arce.

BOBERIAS

El rábano por las hojas.

Celebran varios periódicos á unas señoras de la aristocracia que se encontraron con Woodford en una comida diplomática, y no consintieron que les fuese presentado ni cruzar con él la palabra ni el saludo.

Y está muy bien.

Pero ¿saludan esas señoras á Sagasta? ¿Cruzan la palabra con Moret? ¿Se tratan con los autonomistas de hoy, con los de la liquidación de mañana, con los que dan á los Estados Unidos todo lo que Woodford pide?

¡Pues entonces!...

Porque las leyes más rigurosas y estrictas de la antigua

caballería permiten, y aun recomiendan, saludar al enemigo con quien se va á luchar á muerte.

Al enemigo casero que entrega cuanto hay en la plaza y hace todo lo que el enemigo quiere es á quien niegan el agua y el fuego, como no sea para darles su merecido, todas las leyes de caballería y todos los sentimientos y todos los instintos del más vulgar patriotismo.

Con que, ó reconocer que Woodford hace bien, ó no guardar los fieros para el que sirve á su patria, sino para los que no defienden á la suya.

Otro aspecto de la cuestión.

¿No recibe á Woodford S. M. la Reina?

¿No le sienta á su mesa?

¿No le atiende y considera como á los otros representantes de las demás potencias amigas?

Pues ¿quiénes son esas señoras que le niegan el saludo, para ser más exigentes y celosas del decoro nacional que la corona?

¿Por dónde se han figurado que es á ellas á quien primero toca mirar por la honra de España?

Acabo de ver pasar un entierro muy lucido,
en carroza magnífica, con caballos empenachados, cocheros y lacayos de casaca y peluquín, y cortejo de muchos y lujosísimos coches.

Delante iba el muerto en su caja; supongo yo, porque no le he visto la cara, que con toda la seriedad que la muerte imprime en el rostro de los vivos más alegres y ridículos.

Detrás iban, en sus respectivos carruajes, los que le llevaban á enterrar, charlando, fumando, riyéndose.

El muerto no decía nada.

A mí me dió gana de pensar que así llevan á España á enterrar los que la están matando, tan indiferentes, tan contentos y regocijados como si la llevasen á los bailes y las fiestas con que ellos se divierten.

Pero ahora se me ocurre que esta comparación es estúpida.

Porque nuestros hombres políticos no son el cortejo fúnebre á quien le importa un pito del difunto.

Sino el enjambre de gusanos que brota de la podre y se lo comen.

Y no digan ustedes que este símil de los gusanos revuelve el estómago.

Porque es más nauseabundo el espectáculo de los políticos que se están comiendo á España.

¿El baile de la otra noche á beneficio de los inundados de Valencia?

Muy bonito.

¿Cómo nos divertimos sin más razón ni otro motivo que las desdichas de nuestros hermanos!

Lo que me parece es que los que más necesitaban divertirse eran los afligidos por la inundación.

Nosotros ya nos divertimos diariamente y no necesitamos de estos consuelitos extraordinarios que nos damos.

Propongo, pues, que demos otro baile, y convidemos á los arruinados, á los heridos y á los muertos en cuyo honor bailamos, y que bailemos con ellos.

Pero me apresuro á advertir que yo no asistiré.

Porque me temo que nos tirarían á la cabeza lo primero que encontrasen al ver cómo nos reímos y divertimos con sus dolores.

Pero todo es relativo en este mundo, como dice D. Hermógenes.

Y la broma de ponerse á reír y danzar porque á otros se les vienen las casas encima y los aplastan, es un bromazo.

Pero si se compara y pone en relación con el bien que pueden hacer los productos del baile, y ya son dos bromas.

Porque es verdad que los productos del baile de la otra noche no valen nada en comparación de lo que el baile costó; y por aquí parece que los pobres hubieran salido ganando si se les hubiese dado lo que costó el baile, sin tomarnos la molestia de bailarles sus desventuras.

Pero ya he dicho que todo en este mundo es relativo; y lo que hubieran ganado los pobres lo habrían perdido de divertirse los ricos.

¿Y entonces qué sacábamos nosotros de que los valencianos se hubiesen anegado, ni qué bien nos venía con las inundaciones?

Pero soy hobo, y mi razón flaquea y se extravía.

Volvamos á lo relativo que es todo en este mundo.

Los productos del baile no valen lo que el baile costó y los bailarines se divertieron; pero todo sumado es una bicocha si se compara con lo que costaron los trajes de las que bailaban.

¿Qué sustancia saco de ahí?

¿Que con los miles y miles de duros que se gastan cada vez que hay fiesta en trapos y perifollos, había para vestir, alimentar, educar y hacer hombres de bien á la multitud de chiquillos que andan por ahí, abandonados de todos, de todos sin excepción, criándose para ratas?

Pero adviértase que no pongo en cuenta lo que se derrocha en cada una de las fiestas para que se hacen todos

esos vestidos, y en comer y en beber sin gana y por gula, y en jugar de largo, y en mantener en todo su esplendor y á todas las horas del día y de la noche el placer á todo pasto.

Que puede que resulte poco más que nada si se compara con las joyas que las señoras llevan á cuestras; que vez ha habido de poner el gobernador guardias y policía en el camino del baile, por ser en los barrios bajos ó extramuros, y temer que secuestrasen á cualquiera para hacerse sin más con unos cuantos millones.

—¿Y usted qué derecho tiene para meterse en la renta del excusado y murmurar de los que gastan su dinero en lo que quieren?

—¿Yo? Ninguno. Pero que no me digan que bailan por caridad, y derrochan por misericordia, mientras tantos se mueren de miseria; sino porque les da la gana.

—¡Ah, seor Bobo, seor Bobo! que va usted descubriendo dejos y barruntos de socialista.

—¿Socialista? No, señor; ni anarquista siquiera, y casi lo siento, porque es lo único medio decentillo que va quedando.

—¿Está V. en su juicio?

—Hombre, de manera es que iba diciéndole á V. que todo es relativo.

—¿Y hay algo más malo que un anarquista que suelta una bomba de dinamita en medio de una muchedumbre y mata una ó dos docenas de ciudadanos pacíficos?...

—¿Y lo paga con el pellejo, y se va al infierno por el camino real y sin engañar á nadie? Pues sí, señor; son peores los anarquistas que rezan el rosario, y ayunan los siete viernes, y por ganar ó conservar cualquiera ganga, sueltan ó ayudan ó permiten ó ven soltar sin protesta todas las bombas de dinamita que están destrozando al mundo, y dejan que los yankees se lleven á España, ó lo que han dejado de ella sus gobernantes, y que se lleven los demonios á los españoles, y viven venerados como unos santos, y van á los infiernos con todos los Sacramentos y la bendición apostólica.

Pero no me distraiga usted de mi tema.

Iba diciendo que todo es relativo en este mundo.

Y todos los tesoros que llevan encima las mujeres y guardan los hombres en sus arcas, y cuanto hay en Madrid, es una nonada si se compara con los millones que solo Moret ó Sagasta nos han costado en sola una vez de las que han sido ministros.

De donde resulta que dividiendo todo lo que nos han costado entre todas las partes de su cuerpo, cada pelo de las barbas de Moret, un callo de cualquier pié de Sagasta, aunque sea el del peroné que se le torció, es de más subido precio que los brillantes de más subidos quilates que en el baile de la otra noche resplandecieron á beneficio de los pobres valencianos.

Y á la luz de estos brillantes se me ocurre una idea luminosa.

Enviar á la Casa de la Moneda y que reduzcan á número á todos los ministros que hay, ha habido y puede haber; dárseles á las cocineras para que vayan á la compra cuando la plata se haya ido detrás del oro y los billetes tengan el valor de papeles mojados; y hacemos en una sola operación dos negocios salvadores.

SECCION FORMAL

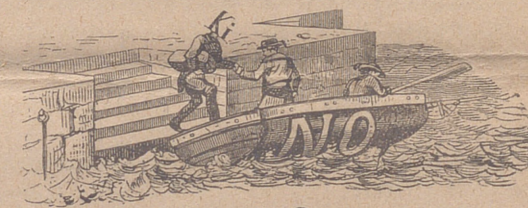
Basta de Pidales, Sagastas y elecciones.
Dejémonos de bromas y ruindades, y pongámonos serios.
Vamos á ver si adivinamos estos acertijos.

CHARADAS

Segunda y cuarta encanto de los moros;
tercia y prima vecina de los mares.
Gloria un tiempo fué el *todo*, y hoy vergüenza
de la abatida patria de Cervantes.

Flérida, para mí dulce y sabrosa
más que la fruta de *unc tres* ajena,
más blanca que la leche y más hermosa
que de *dos cuatro* la corriente undosa:
calla esa boca de desdenes llena,
no insistas más en darne calabazas;
que si los pies de las alforjas saco,
diré que de mí *todo* tienes trazas,
que es estúpido y feo pajarraco.

JEROGLÍFICO



PINTO, IMPRESOR, FLOR BAJA, 11